

Nadia Andrea De Cristóforis

Instituto de Historia de España Dr. Claudio Sánchez Albornoz (IHE), UBA-Conicet

La inmigración gallega en Buenos Aires, siglos XIX y XX

La inmigración gallega ha sido la más importante numéricamente, dentro de las corrientes de españoles que arribaron a la Argentina en los siglos XIX y XX. Aquellos migrantes oriundos del noroeste hispánico que, por diferentes circunstancias, permanecieron en el país sudamericano, se integraron con éxito variable en ámbitos urbanos y rurales, con amplias consecuencias económicas, sociales, políticas y culturales para la sociedad de partida y la de llegada. Estos procesos de inserción en el ámbito de acogida, que no estuvieron exentos de tensiones o conflictos, implicaron la interacción con nativos y con otros migrantes, así como la participación en la conformación de una nación plural y diversa.

Los ciclos migratorios y sus características generales

Los gallegos se trasladaron al Río de la Plata desde los tiempos coloniales, atraídos por las posibilidades de ascenso socioeconómico que brindaba el espacio virreinal en ese entonces. Sin embargo, las corrientes desde el noroeste hispánico hacia Buenos Aires comenzaron a crecer de modo sostenido a partir de la década de 1840, de la mano del aumento general de la llegada de otros grupos migratorios, como vascos, genoveses e irlandeses, entre otros.

Entre fines del siglo XIX y comienzos del XX arribó el mayor número de gallegos a la Argentina, en una etapa en

¿DE QUÉ SE TRATA?

La llegada de inmigrantes gallegos y su inserción en la sociedad argentina.

la cual se registró un incremento de numerosos flujos humanos europeos hacia el país austral. Los desplazamientos transoceánicos masivos desde el noroeste hispánico hacia el puerto de Buenos Aires se vieron alentados por numerosos factores, entre los que se destacaron la expansión de la navegación con barcos de vapor, que abarataron los pasajes y acortaron la duración de los viajes; las crisis económicas que afectaron a las economías rurales gallegas; la estructura de la tierra minifundista, que limitaba la supervivencia de todos los miembros de una misma familia; las oportunidades de inserción socioeconómica que se abrían en la Argentina y la existencia de una comunidad gallega ya numerosa en dicho país, conformada por los emigrados pioneros y sus familiares y paisanos. Estos últimos favorecieron los procesos de traslado de sus congéneres, en muchos casos facilitando los medios materiales para que pudieran concretarse o colaborando con los recién llegados en la búsqueda de una vivienda o un trabajo.

Si entre fines del siglo XVIII y comienzos del XIX las salidas hacia Buenos Aires se produjeron preponderantemente desde las áreas costeras de las provincias gallegas de Pontevedra y La Coruña, a medida que transcurrieron los siglos XIX y XX se incrementaron las corrientes provenientes de zonas interiores de las provincias de Lugo y Orense. Ello se debió a diversas razones, entre las que se encontraron el proceso de expansión de la información necesaria para migrar a ámbitos alejados de las áreas marítimas y la ampliación de las redes migratorias conformadas por familiares y paisanos. De esta forma se fueron constituyendo verdaderos eslabonamientos de personas que se iban trasladando desde una misma aldea o área emigratoria hacia Buenos Aires: los que habían partido y

habían tenido una experiencia positiva en la sociedad argentina alentaban a sus congéneres a desplazarse hacia el país austral.

El desarrollo de la Primera Guerra Mundial (1914-1918) supuso una disminución importante de las emigraciones gallegas hacia la Argentina. Pero, una vez finalizado el conflicto bélico, las corrientes humanas hacia el Río de la Plata se reactivaron. Estos flujos permanecieron en niveles elevados hasta que en América del Sur se comenzaron a sentir los efectos más perniciosos de la Gran Depresión mundial (1929-1933), que influyeron negativamente en los potenciales migrantes, disuadiéndolos de realizar el traslado ultramarino. Por otro lado, en ese momento las políticas migratorias argentinas intentaron restringir la llegada de los extranjeros y proteger la mano de obra nativa, por la vía de la sanción de decretos que multiplicaron los requisitos burocráticos para el ingreso al país. El resultado de todo ello fue que a partir de 1931 se registró una nueva caída de las corrientes gallegas hacia la Argentina, que se mantuvieron en niveles muy bajos durante la guerra civil española (1936-1939) y la Segunda Guerra Mundial (1939-1945).

Desde 1936, y especialmente a partir de 1939, la colectividad galaica en el Río de la Plata no solo se conformó por los inmigrantes en sentido estricto, sino también, y en mucho menor número, por los exiliados republicanos, que arribaron huyendo de la violencia de las fuerzas nacionales durante la guerra civil española y de la represión impuesta por el posterior régimen franquista (a partir de 1939). El exilio gallego tuvo a la Argentina como uno de sus destinos preferenciales (además de México y otros países), cifrándose en más de un centenar los oriundos del noroeste hispánico que se dirigieron a la nación sudamericana y que lograron ingresar por la Dirección General de Inmigración de Buenos Aires, poniendo en juego distintas estrategias que los hacía equiparables a los turistas o a los inmigrantes económicos.

Entre fines de la década de 1940 y principios de la de 1960 se produjo el último ciclo de inmigración gallega en la Argentina. Diversos factores propiciaron estos desplazamientos: la reanudación del transporte transatlántico de pasajeros; una política migratoria más aperturista, por parte del régimen franquista; las expectativas de trabajo, mejoramien-



Desembarco en Buenos Aires a fines de la etapa colonial. AGN

to social y acumulación de capital ofrecidas por la Argentina, y las políticas migratorias del primer peronismo, que buscaban atraer mano de obra española e italiana, concebida como más asimilable a las características étnico-culturales del país austral. También existieron otros condicionantes que alentaron las partidas, pero que actuaron en el ámbito gallego propiamente dicho: la deficiente industrialización, los bajos rendimientos agrícolas, la excesiva atomización de la propiedad rústica, la insuficiente explotación de la riqueza minera, el paro estacional en la explotación pesquera o la presión fiscal, entre muchos otros. Estas circunstancias no eran totalmente nuevas: en muchos casos habían impulsado las emigraciones precedentes, como hemos señalado.

Una característica específica de este último ciclo de migraciones hacia la Argentina fue que los que buscaron desplazarse hacia dicho país no solo lo hicieron gracias a la ayuda material y afectiva de familiares y paisanos, sino que también se pusieron en juego algunos otros mecanismos de asistencia oficial, que hallaron expresión en el accionar de diversas instituciones laicas y religiosas: el Comité Intergubernamental para las Emigraciones Europeas (CIME), el Instituto Español de Emigración (IEE), que promovió una acción tutelar en beneficio de los españoles que decidían migrar, o la Comisión Católica Española de Migración, que prestó su colaboración al IEE en lo atinente a la organización de los planes de reagrupación familiar con ultramar. Estos últimos implicaban que aquel gallego o gallega que ya había emigrado al exterior podía reclamar el traslado de algún pariente cercano, como parte de una tramitación que arrojaba ciertos beneficios económicos en el viaje transatlántico, como, por ejemplo, la reducción en el precio del pasaje.

A principios de la década de 1960 la emigración desde el noroeste hispánico hacia la Argentina comenzó a declinar, en momentos en que Europa empezaba a sustituir al continente americano como principal receptor de los flujos españoles en general.

Resulta problemático cuantificar con exactitud la cantidad de gallegos que llegaron a la Argentina a lo largo de los siglos XIX y XX, durante las oleadas migratorias brevemente descritas. Ello se debe a las deficiencias que presentan las fuentes estadísticas, donde en general no quedaron registrados los orígenes regionales de los españoles, dificultándose la posible identificación de los gallegos y de los peninsulares de otras procedencias. No obstante ello, a partir de los datos fragmentarios que se disponen para algunos años, se puede inferir que a lo largo de las centurias mencionadas los gallegos representaron entre el 45 % y el 55 %, aproximadamente, de los españoles arribados a la Argentina. El punto álgido en el ritmo de las llegadas se produjo en 1912, como en el caso de los españoles en general. Unos 46.735 gallegos ingresaron al país sudamericano en dicho año. En vispe-

ras de la Primera Guerra Mundial había en Buenos Aires entre 150.000 y 200.000 oriundos del noroeste hispánico, que representaban entre 8 % y 10 % de la población porteña en 1914. La capital argentina era la urbe con más habitantes gallegos de todo el planeta, muy por encima de importantes ciudades de Galicia, como Vigo o La Coruña, de ahí que se la conociera como la 'quinta provincia gallega'.

Los inmigrantes gallegos y sus instituciones

A lo largo de los siglos XIX y XX los migrantes gallegos que se trasladaron a la Argentina tenían un origen predominantemente campesino y por ello, por lo general, poseían un grado de alfabetización elemental, situación que difería en los casos más minoritarios de migrantes que poseían algún tipo de formación profesional específica. Las corrientes humanas estuvieron conformadas principalmente por hombres solos, aunque a medida que transcurrió el siglo XX, y especialmente luego de la Segunda Guerra Mundial, muchas mujeres se incorporaron a los flujos migratorios, en muchos casos llamadas por sus esposos o hijos que ya estaban establecidos en el país austral.

Los gallegos tendieron a asentarse mayoritariamente en áreas urbanas del país, aunque también muchos de ellos marcharon hacia ámbitos rurales incorporándose, por ejemplo, como colonos agrícolas en territorios de la pampa húmeda. La mayor concentración de migrantes del noroeste hispánico se registró en la ciudad de Buenos Aires y el conurbano bonaerense. Si bien dentro de estos espacios no llegaron a conformar 'barrios cerrados' o áreas donde su presencia era de absoluto predominio, sí se instalaron en una proporción elevada en los barrios de San Telmo, Monserrat, Constitución, Parque Patricios o Barracas de la ciudad porteña, o en el partido de Barracas al Sud/Avellaneda del conurbano bonaerense. Con el transcurso del siglo XX las sucesivas oleadas inmigratorias fueron estableciéndose en barrios del oeste y el norte de la capital argentina, a medida que esta se expandió hacia la periferia en infraestructura y recursos de todo tipo.

Las oportunidades de interacción social con congéneres, surgidas en áreas de mayor concentración espacial de inmigrantes gallegos, y la creciente presencia femenina en las corrientes procedentes del noroeste hispánico favorecieron la expansión de pautas matrimoniales endogámicas dentro de la sociedad de acogida, tanto a nivel regional como provincial y hasta local. Ello implicaba que las mujeres y los hombres gallegos tendían a contraer nupcias con otros paisanos o paisanas, incluso oriundos de la misma aldea, cuando era posible.

Por otra parte, la radicación en los espacios urbanos supuso para los emigrantes gallegos un cambio de vida importante, al tiempo que les otorgó una gran visibilidad que contribuyó a que su figura perdurara en el imaginario popular. De hecho, con el paso del tiempo se extendió el uso del gentilicio 'gallego' para designar a todos los españoles, sea cual fuere su procedencia regional peninsular. Además, en muchos casos, dicho término fue empleado de modo peyorativo, por sectores de la sociedad local o por integrantes de otros grupos migratorios que desentaban o despreciaban el origen humilde de los oriundos de Galicia. En piezas musicales, teatrales o literarias de comienzos del siglo XX han quedado numerosas huellas de los difundidos estereotipos de la época, que asociaban al inmigrante gallego con la ignorancia o la terquedad. Aunque vale la pena señalar que no faltaron aquellas imágenes que lo vinculaban a valores ponderados positivamente, como la honradez, la laboriosidad o la honestidad.

Dentro de los espacios urbanos donde se localizaron de modo predominante, los migrantes gallegos se insertaron por lo general en actividades de media o baja calificación, especialmente en el sector de los servicios y en el pequeño comercio minorista (por ejemplo, como

almaceneros, dependientes y mozos de restaurantes los varones, y como criadas, cocineras, costureras o cuidadoras de niños las mujeres). Con el paso de los años muchos de ellos experimentaron procesos de movilidad social ascendente. Incluso, gracias al acceso a la educación pública que ofrecía el país, las redes sociales y los capitales acumulados por la primera generación de inmigrantes, sus descendientes lograron ocupar en muchos casos puestos laborales calificados y mejor remunerados. Pero los proyectos migratorios de los oriundos del noroeste hispánico no siempre incluyeron el objetivo de radicarse definitivamente en el país austral. Un gran número de ellos concibió a la migración como un proceso temporario, que podía verse coronado con el retorno a la tierra de origen en una mejor posición económica, con la capacidad para movilizar y aprovechar para sí o para su entorno social recursos políticos y materiales de diverso tipo.

La temprana e importante presencia gallega condicionó favorablemente la aparición de numerosas y variadas instituciones representativas de la comunidad, como asociaciones (a partir de 1787, con el surgimiento de la Congregación Nacional del Glorioso Apóstol Santiago el Mayor) o periódicos (desde 1879, con la aparición de *El Gallego*), que proliferaron entre fines del siglo XIX y comienzos del XX. La prensa comunitaria, escrita tanto en lengua gallega como mayoritariamente en castellano, surgió por dos impulsos básicos: por un lado, el interés de jóvenes bachilleres que llegaban al Río de la Plata ávidos de insertarse en el mundo periodístico local y que lograron fundar, por iniciativa personal y/o de la mano de un grupo de colaboradores, un gran número de periódicos y revistas de variable frecuencia y duración. Por otro lado, la necesidad de las asociaciones gallegas de contar con un órgano de difusión de sus actividades y logros, de cara al conjunto de sus afiliados. Los primeros tipos de publicaciones expresaron con mayor libertad reflexiones de índole política referidas a Galicia, España y, en mucha menor medida, la Argentina. En cambio, los periódicos y boletines de las asociaciones de migrantes buscaron reflejar la vida institucional de la entidad que representaban y la evolución histórica y cultural de la tierra de origen.

Uno de los principales rasgos de la emigración del noroeste hispánico fue su fuerte tendencia a crear múltiples asociaciones en sus destinos emigratorios, que tuvieron finalidades recreativas, filantrópicas, mutualistas, culturales y políticas. Este movimiento asociativo fue generando entidades de distinto tipo: en primer lugar, algunas que representaban a la región gallega en su conjunto, como los centros gallegos que se crearon en distintas ciudades y localidades del país, especialmente entre fines del siglo XIX y comienzos del XX. En segundo lugar, entidades de tipo microterritorial, que se referenciaban en jurisdicciones menores que la región (las comarcas, los



Tapa de *Galicia. Revista del Centro Gallego*, Buenos Aires. Biblioteca del Centro Gallego de Buenos Aires

municipios, las parroquias o aldeas de Galicia) y que proliferaron en las primeras décadas del siglo XX. En tercer lugar, instituciones que representaban espacios territoriales intermedios, como los centros provinciales (el Pontevedrés, Orensano, Lucense y Coruñés). Por último, entidades que representaban a varias instituciones, como la Federación de Sociedades Gallegas de la República Argentina (1921), o que resultaron de la fusión de otras, como el Centro Galicia de Buenos Aires (1979). La Federación mencionada, localizada en la ciudad porteña, llegó a convertirse en foro de importantes debates políticos ligados al devenir histórico peninsular. Los migrantes gallegos podían afiliarse a una o más de estas entidades comunitarias a través del pago de una cuota de valor variable. También podían beneficiarse con la participación en otras instituciones de la comunidad española en general, como las sociedades de socorros mutuos, que aceptaban en sus filas a peninsulares de distintas procedencias regionales.

Existen algunos registros que indican que entre 1901 y 1945 se crearon unas 934 asociaciones gallegas en la Argentina, mucho más que en cualquier otro destino emigratorio de los oriundos del noroeste hispánico en ese período. De entre todas ellas vale la pena destacar al Centro Gallego de Buenos Aires, que tras una inicial fundación fallida en 1879, fue reabierto en 1907 con objetivos recreativos, culturales y asistenciales, y llegó a convertirse durante la primera mitad del siglo XX en una de las más importantes instituciones de la comunidad gallega en Sudamérica, por la amplitud y calidad de los servicios médicos y farmacéuticos ofrecidos.

Si bien los estatutos de las instituciones comunitarias establecían generalmente la obligación de mantener una posición neutral frente a las circunstancias políticas de la sociedad de partida y de acogida, durante la guerra civil española muchas de ellas se fueron definiendo a favor o en contra de las fuerzas republicanas y franquistas. Estos posicionamientos, que fueron más abiertos o velados según el caso, generaron importantes polémicas dentro de las diri-



Estandarte del Centro Betanzos de Buenos Aires. Denise Ganza

gencias y de las masas de asociados, que permanecen vividas en la memoria de los descendientes de los migrantes.

En pocas palabras, la comunidad gallega no solo ha tenido una notable presencia numérica en la Argentina, sino que también ha enriquecido a la sociedad de acogida con la creación de instituciones de diversa índole, la generación de aportes culturales de todo tipo, la activa inserción en la estructura económica nacional y la progresiva integración en diferentes ámbitos de la vida política del país. **CH**

LECTURAS SUGERIDAS

DE CRISTÓFORIS N (ed.), 2014, *La inmigración gallega: su experiencia asociativa en Buenos Aires, 1910-1965*, Buenos Aires, Imago Mundi.

DEVOTO F Y VILLARES R (eds.), 2012, *Luis Seoane, entre Galicia y la Argentina*, Buenos Aires, Biblos.

DÍAZ H, 2007, *Historia de la Federación de Sociedades Gallegas: identidades políticas y prácticas militantes*, Buenos Aires, Fundación Sotelo Blanco-Biblos.

FARIAS R (comp.), 2007, *Buenos Aires gallega: inmigración, pasado y presente*, Buenos Aires, Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires.

NÚÑEZ SEIXAS X (ed.), 2001, *La Galicia austral: la inmigración gallega en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos.

PÉREZ-PRADO A, 2007, *Los gallegos y Buenos Aires*, Buenos Aires, Corregidor.



Nadia Andrea De Cristóforis

Doctora en historia, UBA.
Profesora de la UBA y la UNLu.
Investigadora independiente del Conicet y del Instituto de Investigaciones Gino Germani, FSOC, UBA.
nadiadecris@gmail.com